

BIBLIOTECA CENTRAL

El arte de concebir las tendencias antropológicas de la vida, como la de las naciones o de los individuos, en un saber científico es el resultado de una labor de reflexión, cuando no de un descubrimiento, que se realiza en el momento en que el escritor, resumiendo la historia de la humanidad de nuestra raza, y tratando no solo los hechos, sino también los que se descubren en sus dominios, dominados por el idealismo humano, tendidos por las más sólidas y puras ideas.

Para interpretar las cosas que Cervantes nos cuenta con la caparota andaluza de la batalla de Lepanto, el lector debe tener presente que no alienta en esta su espíritu, sino el de los progresos y mudanzas de los siglos. He aquí un problema propuesto a las generaciones de la historia.

El arte de concebir las tendencias antropológicas de la vida, como la de las naciones o de los individuos, en un saber científico es el resultado de una labor de reflexión, cuando no de un descubrimiento, que se realiza en el momento en que el escritor, resumiendo la historia de la humanidad de nuestra raza, y tratando no solo los hechos, sino también los que se descubren en sus dominios, dominados por el idealismo humano, tendidos por las más sólidas y puras ideas.

### ¿NECESITA EL QUIJOTE COMENTARIOS?

El arte de concebir las tendencias antropológicas de la vida, como la de las naciones o de los individuos, en un saber científico es el resultado de una labor de reflexión, cuando no de un descubrimiento, que se realiza en el momento en que el escritor, resumiendo la historia de la humanidad de nuestra raza, y tratando no solo los hechos, sino también los que se descubren en sus dominios, dominados por el idealismo humano, tendidos por las más sólidas y puras ideas.

BIBLIOTECA CENTRAL

NECESITA EL QUIJOTE COMENTARIOS?

Al decir Cervantes, valiéndose del Bachiller Sansón Carrasco, que la mas donosa y popular de sus novelas era manoseada por los niños, leída por los mozos, entendida por los hombres, celebrada por los viejos, trillada y sabida de todo género de gentes, se espresaba con tal verdad, que nadie habria osado desmentirle. Convenian émulos y detractores en reconocer el éxito inaudito alcanzado por el «Quijote,» y alguno, entre los primeros, hubo de afirmar que no se hablaba en todas partes de otra cosa, que no fuera de sus he-

chos y eventos. Dada la naturaleza de la prosa, que se refiere a los hechos de la vida, y a los sucesos que se suceden en el mundo, es natural que se escriba con un lenguaje claro y sencillo, y que se entienda por todos. En el Quijote, para el común de los lectores, una obra de ficción y sabroso entretenimiento, donde con no conocida gracia y pincel maestro se retrataban al vivo, los costumbres, y las cosas para hacer de ellas. El lenguaje es claro y propio de la prosa. Alcanzase a poco discernir en la obra, por la claridad que en ella se ve, y la sencillez de su enseñanza, que se recordaba con facilidad, que con los siglos se concebían, guardando estrecha semejanza.

¿NECESITA EL QUIJOTE COMENTARIOS?

Al decir Cervantes, valiéndose del Bachiller Sansón Carrasco, que la mas donosa y popular de sus novelas era manoseada por los niños, leída por los mozos, entendida por los hombres, celebrada por los viejos, trillada y sabida de todo género de gentes, se espresaba con tal verdad, que nadie habria osado desmentirle. Convenian émulos y detractores en reconocer el éxito inaudito alcanzado por el «Quijote,» y alguno, entre los primeros, hubo de afirmar que no se hablaba en todas partes de otra cosa, que no fuera de sus he-

chos y eventos. Dada la naturaleza de la prosa, que se refiere a los hechos de la vida, y a los sucesos que se suceden en el mundo, es natural que se escriba con un lenguaje claro y sencillo, y que se entienda por todos. En el Quijote, para el común de los lectores, una obra de ficción y sabroso entretenimiento, donde con no conocida gracia y pincel maestro se retrataban al vivo, los costumbres, y las cosas para hacer de ellas. El lenguaje es claro y propio de la prosa. Alcanzase a poco discernir en la obra, por la claridad que en ella se ve, y la sencillez de su enseñanza, que se recordaba con facilidad, que con los siglos se concebían, guardando estrecha semejanza.

chos y aventuras. Dada la naturaleza de la producción, esplicase sin violencia este fenómeno bastante singular en los fastos de la literatura.

Era el «Quijote» para el comun de los lectores una obra de honesto y sabroso entretenimiento, donde con no conocida gracia y pincel maestro se retrataban al vivo, las costumbres andantescas para hacer de ellas discreta mofa y profundo escarnio. Alcanzabase á poco discurrir su intencion honrada, que era llana y evidente, y la eficacia de su enseñanza crecia recordándose episodios reales que con los figurados se concertaban guardando estrecha semejanza.

Corrian de mano en mano las historias y romances caballerescos; repetíanse los torneos y las justas á la antigua usanza; no escaseaban los encuentros y desafíos entre los señores; y los pueblos solian presenciar espectáculos de un cabo al otro comprendidos en el círculo de la crítica cervantesca. Ponia el «Quijote» de bulto todo el ridículo que acompañaba á la profesion de los paladines, y mostrando con recia lógica su completa ineficacia para el bien, dados los progresos sociales y las mudanzas introducidas por el tiempo, en las costumbres, pedia el abandono y olvido de ideas y usos, desautorizados con las necesidades que los enjendraron.

Si el vulgo mostrábase propicio á continuar saboreando las groseras bellezas contenidas en los libros de caballería, si autores de nota rompian

lanzas en defensa de semejante género literario, no era menos cierto quese habian levantado á condenarlo inteligencias superiores, y que en la atmósfera moral contemporánea tomaban cuerpo gérmenes y tendencias de todo punto contrarios á las corruptoras y corrompidas narraciones andantescas. Cuando Lope de Vega, desmintiendo sus talentos, se ponía de parte de los tales libros, olvidábase de sus mas comunes calidades. Absurdos en el argumento, descosidos en los episodios, fantásticos y disparatados en los hechos, inmorales ó crueles en los sentimientos, estravagantes en las doctrinas, desmayados en el lenguaje, asociando sacrílegamente la religion y la concupiscencia, eran á buena luz vistos, si peligroso escollo para las voluntades frágiles, fruto sin sustancia bajo la relacion de la literatura.

A punto que salía á luz el «Quijote» hallábase la sociedad favorablemente dispuesta para recibirlo, entenderlo y apreciarlo. Cansada del espiritua-lismo escesivo de la Edad media, de los arrobos místicos de la vida monástica, de las perdurables y vacías controversias del escolasticismo; convertía sus ojos sobre la tierra y los mundanos intereses, fuertemente conmovida por las lecciones del Renacimiento greco-latino y las terribles protestas de la Reforma. Respondía el tipo del Hidalgo manchego á la idea antigua, miraba al pasado, encarnaba en sí—bajo una coordinacion artística—los modos de ser mas constantes y verdaderos de

la nacionalidad, contemplada en lo presente y en su historia, mientras el rústico escudero, con su impertinente simplicidad y su estrecho egoísmo, resumía los avances del buen sentido, imponiéndose ya á las inteligencias mas refractarias. Alzabase tras la triste figura del caballero la total organizacion del feudalismo, con sus glorias y sus vergüenzas, con sus escesos y sus generosos desbarros, con todas las consecuencias posibles en las varias esferas sociales. Recordaba D. Quijote la realeza de derecho divino; el castillo roquero con su adusto habitante; señor de horca y cuchillo; el linajudo prócer que tomaba por propio derecho cruel venganza del menor agravio; la hembra aprisionada en oscura y gótica estancia, devorando las melancolías de su encierro; el noble que no reconocía límites á su albedrio, freno á sus caprichos, contraste á sus escesos; la justicia y el derecho menoscabados, en la persona de los débiles; la sociedad dispuesta en beneficio exclusivo de unos pocos; la moral supeditada á los piés del fuerte; la religion estraviada en las esferas del idealismo; el vicio y la flaqueza encubriéndose hipócritamente con el austero sayal de la virtud.

Frente á frente de D. Quijote, como su correctivo y á la vez su complemento, habia puesto el vate una segunda figura de tosco modelado, aunque de admirable, fina y elocuente espresion. Bajo el mugriento colete de Sancho alentaba un corazon lleno de esperanzas grandiosas y de sentimien-

tos sublimes; el corazon de la burguesia. Ni era Sancho el proletario que gemia adherido al terruño, ni siquiera la democracia, mas la clase media, el burgués, que aherrojado y escarnecido por la gente autocrática, aprestábase á disputarle el imperio social, antes que con las antiguas armas de la fuerza, con las modernas de la ciencia y del libre exámen. Debía concluir muy luego, el monopolio de la religion, del poder y de la sabiduría. Romperíase el sello que cerraba los sagrados textos, habria quien dijera á los pueblos que eran la verdadera fuente de todo derecho gubernamental; y la imprenta, anulando los privilegios universitarios, secularizaria los conocimientos trayéndolos al nivel de todas las inteligencias.

Cuando los triunfos de la burguesia eran ya enérgicos presentimientos, que conmovian á las muchedumbres, y se contemplaba la befa de Cervantes respecto de lo que aun para muchos seguia representando lo mas noble y meritorio de la existencia; cuando la caballería, es decir, lo tradicional, lo consagrado, lo aristocrático y preponderante, era objeto de ludibrio para mozas hombrunas y zafios posaderos, si la burla no partía de los mismos encumbrados alcázares; compréndese, esplicase y queda justificado el súbito renombre del libro, cuya aparente lenidad hacia mas eficaces y menos coercibles sus censuras. Si Cervantes hubiera escrito una diatriva científica, moral ó filosófica contra los males de su siglo, personifica-

dos en la producción de gesta y en el paladin aventurero que los sintetizaban, pocos le habrían leído, fracasando en la empresa de arrinconar la una y hacer patente la necedad é impertinencia del otro; mas iluminado por no común inspiración, entendió que no serían los doctos quienes otorgarían el triunfo á que aspiraba, sino esa entidad anónima que se llama opinión pública; y de aquí la forma de su engendro, el carácter de su crítica, el medio que usa para dar generosa cima á su designio.

Sabe que el sentimiento es en los hombres mas poderoso que la razón: halla entre la forma artística y la sensibilidad lazos misteriosos, secretas correspondencias; su libro, pues, antes que disertación escolástica, será una agradable novela, un cuadro realista, un animado teatro donde comparezcan los principios que combate y las esperanzas que sirve, donde batallen lo pasado y lo porvenir, el caballero y la burguesía, el idealismo y la realidad, hasta que el primero resulte convencido de error y la segunda victoriosa sin ulterior recurso.

Pensar que Cervantes sometió el plan de su obra á un laborioso raciocinio, cortado en el patron del nuestro, sería insigne despropósito: díjose con justicia que el «Quijote» fué obra de inspiración: muy cierto; mas cúmplenos añadir que esa inspiración venía precedida del conocimiento exacto de la dolencia que se quería combatir y del género de medicina que el mal reclamaba. Nega-

mos que el «Quijote» fuera hijo del acaso; lejos de esta idea, le vemos organizarse en un concurso de hechos y circunstancias que, asociándose en el cerebro del poeta, le dan vida en momentos y sazón oportunos. Inventó el génio solo en determinado concepto. Con una sensibilidad privilegiada, producto de condiciones físicas y psicológicas que no debemos ahora discurrir, recibe impresiones que pasan desapercibidas para el comun de los hombres, halla temas de estudio donde los demás no se detienen, descubre coincidencias y relaciones fatales donde el vulgo vé, por junto, efectos de lo fortuito y de lo contingente: inflamado el génio con la llama de la inspiración, que á vigorizarla concurren las naturales y adquiridas aptitudes y el mundo esterno con sus influjos; absorbe los impalpables gérmenes similares que flotan en la atmósfera moral de la época que vive, busca sus contactos, pondera sus simpatías, fija sus caracteres, separa lo sustancial en ellos de lo transitorio, y fundiendo las disgregadas moléculas en un conjunto racional y lógico, viértelo al exterior, marcándolo con el sello divino de su personalidad y de sus talentos.

En la esfera del arte, sobre todo, y Cervantes es artista mas que otra cosa, los milagros son desconocidos. Cada creación arguye una síntesis, toda síntesis tiene sus precedentes positivos en el momento que la registra y en lo pasado. Son los génios inmensos receptáculos donde se condensan

las ideas, los dolores, las alegrías, las creencias y las esperanzas de toda una generacion. Faros brillantes, guian nuestras almas hácia la penumbra de lo desconocido, mostrándonos las vías de lo que será cuando huyendo de las tinieblas de lo que fué, sentimos el desfallecimiento de lo presente. Ni es el génio una individualidad, más el desbordamiento del progreso humano que hace remanso transitoriamente en un punto, para reconocerse á sí propio. Y como Jano posee dos caras: reúne la una todo lo que se vá, es conservadora é intransigente, ésta inmóvil y decrepita; irradia la otra resplandores luminosos, es la aurora que anuncia toda nueva florescencia.

Así se explica la popularidad del génio. Lejos de subir como Prometeo al Empíreo en busca de fuego para animar su estatua, demándalo á todas las conciencias, á todas las gerarquías, á todas las voluntades: ni Homero, ni Esquilo, ni el Dante, ni el Tasso, ni Shakespeare, ni Moliere, bajaron de las nubes por arte de encantamento, como no bajó del cielo Rafael, segun la feliz espresion de un crítico eminente; son flores terrenas que nutre la sávia en su doble corriente histórica y contemporánea. Nacen á la luz en el momento en que debieron nacer, su aparicion es inevitable fatalismo. El génio anticipado llámase locura, escentricidad ó extravagancia, el que se retardó copia y medianía. Porque el génio piensa el pensamiento del mayor número, porque comprende sus tribula-

ciones y halaga sus deseos, porque en él hallan resonancia íntimos sentimientos, no exteriorizados todavía, y necesidades positivas sin colmar; por eso, triunfa de la indiferencia, de la envidia y del ódio, prolongándose su prestigio á través de las generaciones.

Encarnaba el «Quijote» un doble ideal: el de la tradicion y el de lo porvenir, y bastaba mostrarlo en público para que todos lo percibieran. Ideal pasado, la caballería andante; ideal futuro, el buen sentido; fué aquella novela una revelacion, y como tal, doctos y literatos la comprendieron. Ni es exacto que muy á la raiz de publicarse se propagara la idea de que guardaba sentido oculto. ¿Dónde consta semejante novedad? Hasta las postrimerías del siglo XVIII no se habla de si el «Quijote» encierra ó no un «sutil desinio» que el autor ha declarado en las páginas del «Buscapié». Segun Fernandez de Navarrete la tradicion que al sentido oculto se referia era poco general y poco conocida hasta los tiempos en que él escribió—1819—y antes de Pellicer—1797—no se encuentra de ella rastro alguno en los escritores que del «Quijote» se ocuparon. Pero hay mas: si á un análisis reflexivo se la sujeta, aparecerá claro que semejante tradicion era absurda y que debió forjarse en época muy posterior. Fundándose en que el público recibió el «Quijote» con indiferencia y que hasta el título fué objeto de mofa, inventóse el cuento de que tomando Cervantes el desden y

las burlas como consecuencia de que se había desconocido su propósito, escribió y publicó, sin romper el anónimo, un corto papel donde, vituperando en apariencia su obra, descubría que era sencillamente una sátira contra las caballerescas, y que las personas y episodios, aunque de mera invención, respondían en lo discreto, á séres y ocurrencias del órden real.

Inútil sería empeñarse en probar todo lo gratuito de tales asertos. Sabido es que el «Quijote» despertó vivísimo interés y curiosidad dentro y fuera de España desde un principio, y precisamente lo que en él mas resalta es la inquina del autor contra los libros de Caballería y el arbitrio de zaherirlos y derribarlos. Bastaba, por otra parte, un muy mediano discernimiento para percibir que la fábula copiaba la naturaleza, y tan era así, que un contemporáneo de Cervantes, Faria y Sousa, aseveró que «apenas si tenia accion perdida ó acaso, sino ejemplar, ó abierta, ó satírica ó figuradamente,» juicio de que participó Bowle, ateniéndose á él en sus pesquisas.

Conviene por ende á la crítica, dejar dilucidado este problema, como base de ulteriores afirmaciones: el «Quijote» no necesitó de comentarios al salir á luz. Sin que le acompañase trabajo alguno de erudicion ó explicativo, pasó al dominio público, donde sus bellezas fueron apreciadas y entendida la enseñanza directa de que era mensajero. Habla el génio, si se encarna en una obra de

arte, la lengua ingénuo de las pasiones y sentimientos mas robustos y predominantes en torno suyo. Representaos á Homero, á Fidias, á Giotto, al Dante, á Rafael, al Tasso, á Murillo fuera de sus ciclos respectivos; sus obras serán verdaderos arcaísmos; pedirá el poema notas y comentarios; el lienzo, una elaborada disertacion que explique sus cualidades y su simbolismo.

Y hay otra circunstancia que no debe olvidarse: la obra del génio entraña constantemente dos valores, el valor peculiar al momento en que se produce y el valor eterno que se trasmite á la posteridad.

Encajan los cuadros de Rafael en su época, son la cifra pintoresca del idealismo católico, que asocia un doble elemento, el clásico y el cristiano; sus concertadas composiciones hablan un lenguaje familiar que todos entienden, y las bellezas figuradas por el pincel antes se sienten que se explican. Escribe Tasso su «Jerusalem» inspirándose en los votos de la piedad, es el poeta de la Iglesia en el apogeo de su gloria, sus cantos responden á las oraciones de los devotos, son el «sursum corda,» trasportado á la ganma de la epopeya.

Mudados los sentimientos, alteradas las creencias, vacilante la fé, necesita hoy el lienzo rafaelesco del auxilio de los doctos si sus bellezas han de valorarse en justicia; y no colma el poema épico del catolicismo nuestros anhelos, al buscar sus méritos, sino cuando la crítica nos coloca en el instante histórico de su aparicion.